

CARAS Y CARPETAS

SEMANARIO FESTIVO
DECANO DE LOS PERIODICOS ILUSTRADOS

Director: ARTURO GIMENEZ PASTOR

AÑO III
Nº 144
Noviembre 29 de 1896

chut

PRECIOS-SUSCRICION
MONTEVIDEO-DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1,00
Seis meses	" 5,00
Un año	" 9,00

EXTERIOR
Los mismos precios en moneda equiva-
lente, con el aumento del franquico

Número corriente 30 centesimos. - Número aforsado 40 centesimos

EN VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS.
SE PUBLICA LOS DOMINGOS.

Oficinas: CALLE URUGUAY, 301
MONTEVIDEO.

IMP. Y LIT. LA RAZON; CERRO, 57

is dos divisas



—Pues que el Partido Blanco, el de mis primeros amores, (porque lo fué, si señores, y hasta aún hoy le es mi alma fiel) en estos momentos pisa del patrio suelo la arena, precaución creo muy buena sacar la antigua divisa;

no por nada... ¡Yo, otra vez pasarme!... ¡No! ¡Otra vez no!... sino que mirando lo que su gloria fué y hoy es, me enternezco de tal guisa que no resisto al deseo de pensar que aún hoy me veo llevando la alba divisa.

Misterios del corazón que en mi imaginación loca la fresca noticia evoca de la reciente invasión. Mirando los blancos lazos gozo... y si me hallan con ella cuando entren... ¡será mi estrella que otra vez me echa en sus brazos!

SUMARIO

TEXTOS.—«Zig-Zag».—«Los pájaros», por José Velilla.—«Para Ellas, El Rigodón», por Monte-Cristo.—«Vade retro»,—«Pamplinas», por Jesus González.—«Bicicleta ó caballo», por E. Bustillo.—«De Estranjis», por Juan Balduino.—«De Pérez Zúñiga».—«Un regalo modesto».—«Apoyado».—«La Constitución».—«Nitas», novela por Miriam.

GRABADOS.—«Las dos divisas».—«Lo del día».—«La compra al peso», por Wimplaine II.—«La gracia agena, Dios aprieta pero no ahoga», por Fradera, y varios intercalados en el texto por A. Giménez.

Todo escrito que no lleve firma, pseudónimo ó señal al pie, pertenece al director de este semanario.

LO DEL DIA



Lo cierto es que á muchos, con estos rumores bélicos, no les llega la camisa al cuerpo (los que la usan ancha, por ejemplo) y á otros no les llega el cuerpo á la camisa (por ejemplo, los que han enflaquecido mucho), como dice con mucha gracia un amigo mio que es chispeante además de profesor de óboe.

Y en verdad al que no le llegue al cuerpo se le aprieta en estos días calijinosos, más que asustado debe estar, porque la condenada se pega, se pega á la epidermis con mucho cariño y muchísimo sudor.

Así los que no tienen camisa están de felicitaciones, porque no les queda más que el líquido.

Esto sí que no cuesta dinero, y así se derrocha como... pues, como agua.

—La verdad,—me decía un señor que parece un odre metido á padre de familia—la verdad es que no creía tener tanta agua en mi sér. Para mí, me está lloviendo por dentro.

—¡Uf! agregaba la señora. Yo ya soy una tinaja hecha esposa.

—¿Y qué dirás tú—esclamaba entonces el marido, que es dado á estudios históricos—¿qué dirás tú de Carlos IX que sudó sangre en la noche de San Bartolomé?

—¡Jesucristo!—dice ella asustada—¡que calor habría esa noche!

—Pues me temo que con el de ahora vamos á llegar á esto, porque lo que es á mí ya no me queda más zumo dentro.

Es una barbaridad, pero se dicen muchas.

En cuanto á lo de la revolución, todos ustedes estarán ya enterados de que la cosa comienza y que el gobierno probablemente va á estar loco de contento, porque esto puede darle ocasion de atropellar lo que falta; y como los revolucionarios traen divisa de partido, y como andan divididos en partidas, en lo de partirnos no habrá nada de extraordinario.

La noticia de la invasión se supo el martes; y saberlo y empazar los comentarios todo fué uno.

—Parece que han aparecido partidas revolucionarias,—decían.

—¡Hombre, hombre, hombre! ¿Y quién las manda?

—Aparicio Saraiva, á lo que dicen.

—Pues señor; esos blancos siempre tienen Aparicios disponibles en estos casos. La otra vez también fué Aparicio el jefe.

ZIG ZAG

—Claro; porque para que las partidas hagan bien su aparición, nada mejor que un Aparicio á la cabeza.

Pero con la aparición coincidieron las levadas y empezaron á desaparecer muchas personas de su casa. Es una compensación ingeniosa.

Verdad es que la Constitución de la República manda otra cosa y consagra la libertad individual, pero esto es porque en los tiempos en que se hizo la constitución no estaba el señor Idiarte Borda en el poder.

Mientras tanto los revolucionarios, para no ser menos, se llevaron un hijo del general Muniz.

—Vamos; ya le han echado á perder la familia al general, decían los de acá.

—¿Pero para qué diablos quieren esos hombres un niño de diez años?

—¡Cómo, para qué los quieren! No sabes que los niños se hacen querer mucho? Pues por eso será.

No obstante estos detalles, hay quien opina que todo ello, la invasión inclusive, son cosas de don Juan Idiarte Borda para hacer mejor á sus anchas las elecciones de hoy.

Yo creo, por mi parte que si D. Juan quiere hacerlas cómodamente, lo mejor será que nombre á sus diputados sin gastar urnas ni bayonetas ni farsas ni atropellos que á algunas personas decentes les parecen cosas feas.

De todos modos el resultado va á ser el mismo... Al fin y al cabo, con los recogidos por la leva tan solo, ya se ha librado de media población que no pensaba oponerse á sus elecciones.

Porque han recogido unos cuantos. Rara es la mañana que no llega algún pariente á casa de familia «pobre pero honrada», diciendo:

—Fulano no viene hoy...

—¡Eh! Le han dado caza, ya?!

—Sí... casa y comida. y hasta ropa; en el cuartel.

La familia se desconsuela y baña en lágrimas al mensajero, con lo cual éste ya no necesita poner sus barbas á remojar viendo las del vecino pelar.

Luego querrán que no haya revoluciones; es claro que los pobres ciudadanos prefieren hacerse matar por su cuenta que morir mal alimentados por cuenta del Gobierno.

Y de ahí la invasión.

Como concluirá ella, no se sabe seguro, pero yo creo que concluirá mal. porque ayer

Monsieur, el Ministro de la Guerra, decía en la casa de Gobierno:

—Oh, les malandrins! S'ils continúan, sa-crebleu, moi même, oui, yo mismo me pondré au frente de las tropas et sortirons á campagne.

Que es como decretar la derrota fulminante de la Revolución. Porque en cuanto lo vean los revolucionarios se les salta la risa á borbotones, como quien tiene cosquillas, y jados fuerzas!

Los pájaros

Hay niños criminales que escalando los árboles frondosos, decididos el riesgo despreciando, arrancan á los pájaros sus nidos.

Los pájaros se quejan, y en confusión volando rápidos de los árboles se alejan, llegan á otras regiones en bandadas, pero á labrar sus nidos no se atreven, temiendo que otras manos despiadadas repitan la crueldad y se los lleven.

Inquietos, revoltosos, volando temerosos escrudifian los árboles, se juntan, se esconden en los huecos del ramaje al más tenue rumor, y en su lenguaje —¿También habrá aquí niños? Se preguntan.

Yo, triste por la tierra caminando en desiertos sin nombre, si me detengo á reposar, temblando me pregunto también:—¿Habrá aquí hombres?

José de Velilla

PARA ELLAS



EL RIGODÓN

Todo lo que va es de una carta de Madrid que nos parece de interés.

Y que se fijen ustedes en los apellidos que gastan las niñas en España.

Estamos en pleno imperio del rigodón. Ni el novísimo *pas de quatre* con sus coqueterías y sus posturas teatrales, ni el clásico *minué* con sus graciosas elegancias; ni la pavana con sus severidades y genuflexiones; ni el vals con sus arrebatos locos, ni los lanceros con sus complicadas combinaciones, han logrado derribar al rigodón de su trono *fin de siglo*.

El rigodón inaugura todos los bailes: rompe el hielo lo mismo en las modestas reuniones de la clase media que en los espléndidos saraos de opulentos magnates.

En los regios alcázares, como en los bailes á que asiste algun príncipe de sangre real, el primer rigodón que se baila toma el nombre de *rigodón de honor*. Este es el verdadero rigodón, cortesano y ceremonioso como una pavana, elegante y coquetón como un minué. Colócanse de *cabeceas* las augustas personas, teniendo por parejas á lo más ilustre de la encopetada concurrencia. Damas que ya no bailan, ancianos generales y graves ministros, toman parte en estos rigodones, que como se bailan al principio de las fiestas y los españoles no brillamos por la puntualidad, permiten más desvoltura en el movimiento de las parejas, arrastrando ellas por todo lo largo del salón las colas de sus trajes de raso y terciopelo, cubierto de costosos encajes, y haciendo ellos brillar, al fulgor de las luces eléctricas, la pedrería de las placas y los vivos colores de las banderas.

Las cortesías se hacen con todas las reglas del arte: ellos se inclinan profundamente hasta formar ángulo recto; ellas, doblando graciosamente las rodillas, hacen uno de esos saludos indefinibles é incompañables, en los que no es posible confundir á la gran dama con la improvisada ó *parvenu*, y que hacía decir á una célebre duquesa, ya difunta, cuando en vano trataba de imitarlos alguna dama de no muy ilustre prosapia:

—Esa ha aprendido el minué de grande.

Y el minué en este caso era menos difícil que las ceremoniosas cortesías del rigodón.

..

¡El Rigodón! A primera vista es un baile monótono, sin pizca alguna de variedad ni de elegancia. Ciertamente, yo lo he visto algunas veces, al comer de un destablado piano, en algún establecimiento Balneario, y no me ha parecido el mismo rítmico y candencioso baile de los salones madrileños.

La música es entonces, como decía un violinista célebre, *ruido que arrulla las conversaciones*.

Nadie lleva el compás; nadie se cuida más que de buscar las manos de su *vis á vis* y de acabar pronto cada figura, como si tuviesen prisa para continuar la interrumpida conversación.

..

Pero ¡que distinto este vulgar rigodón del que se bailó anoche, como todos los viernes, para comenzar la fiesta de la marquesa de Squilache.

El sexteto, dirigido por el hábil maestro Serrano, ejecutaba lo más selecto del repertorio; las figuras se movían graciosas y acompasadamente; las cortesías eran profundas, reverentes, correctas, cual pudieran hacerse ante el trono de una soberana. Y entre las jóvenes que cual brillante cinta de flores formaban el cuadro, había bellezas tan peregrinas como las señoritas de Alcalá Galiano, León Marín, Navamorcuende, Martínez Campos, Aguila-Fuente, Montalvo, Collado y Alcázar, Esteban Collantes, Girón, O'Donnell, Pineda, Bejar, Shee y Saavedra, Montarco, Limpías, Pidal, Landecho y Via-Manuel; la inglesa Miss Bonan, y la bella americana señorita de Valle, nieta de los marqueses de Du-Quesne.

..

El rigodón es un baile muy elegante y necesario para alternar con el vertiginoso vals y el agitado *pas de quatre*. Es el predilecto de las damas y el único en que se permiten alternar las eminencias de la política, de la literatura, de la milicia y de la diplomacia.

MONTE CRISTO

Vade retrol

—¡Narciso fué el primero que invento el espejo, ó por lo menos el primero que pensó en él? ¡Narciso era un imbécil! Con muchísima razón le ha tomado la posteridad para la broma, pintándole con el dedo índice tocando un costado de la boca y los ojos románticos fijos en «el límpido cristal de la fuente» que dicen los poetas. Con lo cual hacía Narciso dos imbecilidades, porque aparte de lo que implica el hecho simple de mirarse, me figuro yo cómo se vería de linda la faz alargada y contraída por el jugueteo de «las transparentes ondas», que también dicen los poetas.

Yo me he mirado una vez en el agua y no parecía sino que tenía la cara de goma elástica con pelos; de repente me veía un ojo en la frente, como ciclopes; ora me lo veía en la punta de la nariz; ¡oh la nariz! Tan pronto aparecía en el agua mi rostro con siete narices muy anchas, tan pronto me hacía la grata ilusión de que se había marchado de allí sin sentimiento ni empacho de ninguna especie;



la verdad de que mi nariz me incomoda, y el improvisado espejo me halagaba con esto.

Pero Narciso que quería verse bello, figúrense ustedes el chasco que se llevaría viéndose ora con los dientes en los ojos, ora con las orejas en la boca!

Por lo visto el hombre quería tener un espejo á toda costa y eligió aquel como quien se agarra á un clavo ardiendo.

¡El espejo! ¡Instrumento vil y servil, perpétuo remedo, mono cristalizado y azogado!

Yo lo desprecio. Yo desprecio, sí, al espejo, fomentador malicioso y estúpido de todas las vanidades mezquinas. ¿Qué necesidad tenemos de mirar un rostro que ni nuestro es, porque solo obedece á sus caprichos, y tan pronto semeja una vejiga como imita una calavera, ó muestra hoy un melocotón con pelusa, y mañana un felpudo enojado?

Proscribid el espejo y ganareis muchas horas en el día y muchos disgustos en el año. La mujer será hacendosa y modesta; la sopa estará en punto sobre la mesa; no se quemará la carbonada ni aparecerá hecho una peluquería el caldo, ni habrá morcillas pútridas en el puchero; que el tiempo que gasta la mujer en sus confidencias con el pérfido cristal, lo empleará en el cuidado de la casa y en la confección de las salsas; las modistas vendrán á menos; el decorado de la piel sería anatematizado las mujeres no se creerían bellas y no habría coquetaría ni celos. Se lograría, en fin, que la mujer se olvidara de su cara, que ya es cuanto hay que lograr.

Por otra parte, conservarían mejor su integridad las desdichadas cabezas de los estudiantes, libres del estudio de las leyes de la reelección en tan condenados aparatos.

¿Qué más decir?

El espejo es el cómplice del tiempo. Libradme de él y no tendré edad, no tendré arrugas, no tendré; canas! ¿Que yo soy viejo? Mentira, vil mentira. ¿Quién me convence á mi dentro de cuarenta años de que tengo la piel como un bife mal cocido ó los pelos como los de un carnero pálido? No hay tal; si soy joven siempre! Tengo veinte años en el alma; soy capaz de amar á la más sonrosada y fresca doncella. ¿Que ella no me ama? ¡Es una estúpida! Mejor para mí: yo no necesito de nada; tengo mi eterna juventud, que vale más. ¡La mujer! ¡Valiente ardilla!...

Todo esto logro yo con la supresión del espejo, de ese vil producto de la vanidad. Deveras que si no fuera porque voy á alarimar á la vecindad, cojía yo un palo y echaba á volar todos los espejos de la casa, hechos espejitos chicos; ¡bueno soy yo, para...!

¿Eh? ¡Hombre! Basta que yo me ponga á proyectar reformas, para que alguien venga á interrumpirme; ¿cómo? ¿Una señorita? ¡Que pase, que pase! La cortesía ante todo. ¿Quién será? Cliente nueva, sin duda....

Tome usted asiento, se lo ruego; la escalera la ha fatigado á usted (¡y qué rebonita es!) Con que, ¿qué debo el honor de...? ¡Cómo! Su marido ha tenido el valor de abandonarla... Pero su marido es un rinoceronte! ¡Ah! Disculpe usted... parece un rinoceronte, pero no lo es... aunque merecía serlo. Porque mire usted que abandonar á una criatura encantadora, como usted! Es imperdonable (¡Esta niña me enloquece; debe ser perfecta; no se mira al espejo, al odioso espejo, de hijo; lo desprecia, sin duda.)

Si señora; solo una bestia hace lo que con usted ha hecho su indigno esposo. ¡Oh! Confíese usted á mí; yo... (yo le suelto la andanada) yo la adoro, si la adoro; seré su esclavo, seré un perro de lamas á su lado; ámeme usted, por favor!...

¡Eh! ¿Que soy muy feo?... ¡Caramba! ¡Y se va sin más trámite! Pero oiga usted, señora!...

¡Me he lucido! ¿Qué soy yo muy feo? ¡Habrás visto cabra peinada con rulos! ¡Yo feo!... ¡José! ¡El espejo, inmediatamente!

Pamplinas

Del lindo Almanaque de Vida Social, que con muy galante dedicatoria nos han enviado los señores Julio David Orguelt, y Antonio M. Podestá, reproducimos como primicia los siguientes jugueteos.

Con una copa de más iba Pepe el otro día hacia la Comisaría, de un vigilante detrás; y con semblante ladino Pepe dijo al vigilante: —Déjeme ir á mi delante, que sé mejor el camino.

♦♦♦

—¿Cómo es su gracia buen tío —Yo me llamo Juan Gorrila. —¿Juan es el nombre de pila? —No, señor: Juan es el mio.

♦♦♦

Las terceras personas en amor, siempre fueron molestas, porque ó son pretendientes, ó envidiosos ó son suegros ó suegras.

♦♦♦

Un orador, que es un tuno, cada vez que hace un exhorto, toma tres copas de oportó para estar más oportuno.

Jesús A. GONZALEZ.

LA COMPRA AL PESO



Juan—¿Se puede arrimar el hombro a éste, ó dará algún disgusto?
 Federico—¿Pesaste bien?
 Juan—Buena, que pase. ¡Lo nombro!
 Dale, Miguel, la instrucción.

Miguel—Donde vas a sentar has de ver y callar. Esto es diputación.
 Juan—Nombre, Angel! ¡A pesar!
 Angel—Si son de mil quinientos para tantos pocos asientos!

Juan—No todos se han de sentar. Pero los que yo allí siento, como amo, dueño y señor, serán del gremio la flor; que aún hay gente de buen diente.

Wimpaine II



¿Bicicleta o Caballo?

Con la ya grisada barba del que entra en la última edad; la frente baja, y el cuerpo encorvado por demás;

hechos muelles de la máquina brazos y piernas al par; dando vueltas al manubrio, golpecitos al pedal,

te he visto en tu bicicleta, y bien te puedo jurar que yo, de esa sport-mania nunca te juzgué capaz.

¿Tú en bicicleta montado como cualquier colegial que pide un potro de acero por juguete á su papá?

Y tú esclavo de la moda, andas en records quizás,



con casquete que te cubra y corneta que tocar, para que al correr las calles digas con el tr-ra-rá que el alfeñique vas vendiendo ó anunciando el Carnaval?

Un chico de nueve á quince muy bien puede así montar; pero un hombre de tus años! eso es una atrocidad.

Eres gentil caballero á caballo en tu alazán, potro de raza española, firme y airoso al pisar, con sangre, músculos, nervios, riñón duro, genio audaz, si dócil á la hábil mano, rebelde al torpe mandar.

Sobre él, aún á los cincuenta, eras un gentil galán, firme en la silla y ceñido. alta y serena la faz, el brazo, inmóvil, la ayuda, del bruto junto al ijar, en el instinto y la fuerza mandando á tu voluntad.

En el ejercicio sano y noble á un tiempo hallarás; que el caballo al caballero da vigor y dignidad.

¿Y dejas por dura máquina tu inteligente animal, para que admiren los tontos tu ridículo rodar?

Vuelve en tí, y al potro vuelve, que atado al pesebre está hastiado de la cebada y ansioso de galopar;

con nostalgia de los días en que cruzó la ciudad luciendo el airoso cuello de los cascos al compás; diciendo á la maquinilla del manubrio y el pedal:

“¡Paso al arrogante y fiero al noble potro alazán!”

EDUARDO BUSTILLO.

De extrangis

CORREO CÓMICO

La liga *feminista* de Christchurch (Nueva Zelanda), no contenta con que se haya concedido derecho electoral á las mujeres, pide que se las permita desempeñar los puestos de agentes de policía.

Y dirán los poetas:

¡Quién fuera criminal, para verse sujeto por ebúrneos brazos!

Ha llegado á Tui una jóven lisbonense que, acompañada de su hermano, trata de dar la vuelta al mundo á pié.

Estos portugueses son el demonio.

Ya verán ustedes como todo se reduce á coger un baul mundo y dar una vuelta alrededor.

El velo nupcial de la archiduquesa Dorotea, que pronto será duquesa de Orleans, tiene tres metros de largo y es de punto de Alençon y Argenton, es decir, todo á la aguja. Está sembrado de ramos de rosas y otras flores, y en el centro se ven las armas de las casas de Francia y de Austria entrelazadas.

Daríamos cualquier cosa por ver al ministro de la Guerra con ese velo.

JUAN BALDUQUE.

Apoyado

Eduardo Ferreira y Juan Carlos Moratorio, dos buenos comañeros muy bastantes para llevar á felicísimo término lo que se proponen, van á publicar una obra, que editarán Dornaleche y Reyes, dando á conocer gráfica y literariamente, toda la intelectualidad uruguayá en sus manifestaciones artística, literaria y científica.

Será bueno aquello.

Y que venga cuanto antes.

UN REGALO MODESTO



El pobre autor Lucas Gómez, que era más bueno que un ángel,



tenía trato amistoso con la tiple Inés Gonzalez porque le había extrenado no sé si en Chinchón ó en Cáceres,



una pieza titulada *La babucha impresionable*. Doña Cármen, su costilla,

mujer de feroz carácter, ardía por esta causa en unos celos brutales, y llegado el beneficio de la tiple, y en el trance de hacerla un obsequio en pago de un par de localidades, dijo á su esposo:—No quiero que con esa perra gastes los perros que á mi me niegas



para lo más apremiante. Por lo tanto, ahí van dos pesos; cómprala donde tú sabes un ramo, y de esa manera cumples bien sin entramparte.

Hizolo así el pobre Lucas; compro un ramo vergonzante de flores, que parecía más bien de flores cordiales, y en unión de una tarjeta se lo mandó á Inés González, que en una mesa lo puso con su tarjeta delante.

Mas llegó un crítico de esos que están con la artista amable y luego la ponen verde si no logran sus bondades y tropezando en la mesa con uno de los dos pares de piés que Natura pródiga le dió para que medrase, cayó el mueble, y por el suelo, y en desorden admirable rodaron joyas, figuras, tarjetas, ramos y encajes.

Ponerlos conforme estaban procuró en vano el muy cafre; mas colocó las tarjetas donde cayeron y á escape, porque á la escena llamaban á la señora Gonzalez, que dejó su camerino como un campo de Agramante.

Entró luego un periodista para apuntar al detalle



la colección de regalos de la artista inimitable, y á la mañana siguiente cogió *El Globo* doña Carmen, y esto leyó entre una lista de obsequios interminable:

“Don Pedro López, un ramo; Don Juan Perez, un alfanje; Don Lucas Gómez, un rico

brazalete de brillantes.”

Lo que ocurrió después de esto puede el lector figurarse.

La mujer del pobre Gómez, cuya escama ya era grande, creyendo que el hombre había gastado más de mil reales en obsequiar á la tiple con fines vituperables, mientras le daba á su esposa cordilla en salsa picante, una bronca le armó á Gómez que se oyó desde Getafe.

Y, es claro, el pobre marido, que de nada fué culpable, aun siendo bendito y todo, sé que está haciendo coraje para dar seis estacasos: dos al autor del desastre, dos al autor de la lista y otras dos á doña Carmen.

JUAN PEREZ ZÚÑIGA.

“La Constitución”

Hemos recibido anteayer esta invitación que nos promete un agradable rato, y agradables atenciones del cortés invitante:

Montevideo, Noviembre 26 de 1890.

Señor don Arturo Gimenez Pastor:

Alfredo E. Castellanos, Director y propietario de *La Constitución*, tiene el honor de invitar á Vd. para tomar una copa, el domingo 29 del corriente á las 2 p. m., en honor del titulo que llevará el diario y á la salud del ciudadano don Tomás Gomensoro, que honra con su nombre la máquina principal del establecimiento.

NITA



NOVELA ROMÁNTICA POR MIRIAM

(Continuación)

Y en pleno cielo, brutalmente, el destino le asestó el primer rudo golpe de su vida. La señora de Nadal, después de visitar á Nita una noche muy fria, se sintió mal al llegar á su casa. Se le declaró una pulmonía que á pesar de los cuidados de la ciencia le ocasionó la muerte en unos días.

El dolor de Nita fué terrible al separarse de la compañera fiel y cariñosa de su vida, que la había rodeado siempre de ternura, inculcándole los principios de sana virtud y de generosa nobleza que

ardían en su alma, enseñándole á orar, á querer, á dolerse de los desvalidos, á hacer el bien sin ostentación, reprimiendo sus defectos, cultivando sus cualidades, hasta conseguir el pleno desarrollo de esa alma, como una flor llena de gracia y perfume.

Lloró sus primeras lágrimas amargas, impotentes ante lo irremediable. Horacio que lloraba con ella. la cuidó y la consoló como consuelan los niños á sus madres cuando tienen pena; con cariños y con besos.

Otra circunstancia vino á ayudar á Nita en su dolor; y fué sentir otra vida unida á la suya, depósito sagrado que Dios le confiaba. Iba á ser madre. Sobrecogida de pavor ante el mandato de la providencia, llena de fervor y agradecimiento se humilló ante el Dios lleno de bondad que le daba un hijo al quitarle una madre.

El dolor de Horacio al perder á su suegra fué como todas sus pasiones, impetuoso y lleno de arrebatos en que lloraba como un niño mesándose los cabellos, arrebatos que mortificaban á Nita y la obligaban á dominar su propia pena para no dar lugar á que se repitieran. Sin embargo, estas manifestaciones de cariño fueron de poca duración, y pronto volvió Horacio á ser el mismo, ávido de sensaciones, intranquilo, nervioso, siempre en busca de la novedad y el cambio Nita, obligada por su luto y su delicado estado á quedarse en casa, no podía como antes acompañarlo en los paseos locos que daban agarrados del brazo, el rostro fustigado por el aire frio de las noches de invierno, en que Horacio daba rienda suelta á los devaneos de su imaginación, mientras Nita, absorta, lo escuchaba como quien escucha una melodía.

Pero él, incapaz de quedarse tranquilamente acompañando á Nita empezó por salir á dar una vuelta, ausentándose media hora. Volvía cariñoso y lleno de mimos, lamentando no poder continuar sus paseos encantadores con su mujercita. Pero la noche siguiente volvió á salir durante más de una hora, y noche á noche aumentaba la duración de sus paseos, hasta que llegó á volver á su casa en las horas de la mañana.

A veces volvía contento, excitado, relatando á Nita las conversaciones y disenciones que había tenido con sus amigos, riéndose fuerte, hablando alto, exagerando su alegría. Otras veces entraba adusto y sombrío, los ojos duros y brillantes, el entrecejo contraído, contestando bruscamente á las preguntas de Nita, pateándose rabiosamente por la habitación, con los ojos bajos, ó alzándolos al techo y tirándose del cabello.

Nita no sabía qué pensar. Horacio con sus bruscos cambios de caracter la tenía sobresaltada. Hubo una ocasión en que se encolorizó sin que Nita le hubiese dado el menor motivo para ello. Ciego de ira la llenó de reproches, hablándole con dureza, y como Nita, asustada, no le contestara, concluyó por marcharse á su cuarto dando portazos.

Al día siguiente le pidió perdón, avergonzado, llenándose de improperios, al punto que Nita tuvo miedo y á fuerza de cariños y de mimos consiguió que se calmara.

Estas escenas alternaban con otras en que Horacio la colmaba de regalos, y Nita asombrada no se daba cuenta del motivo de estos cambios ni del empleo de las noches.

Nita sigue cosiendo. De cuando en cuando alza la cabeza para mirar al reloj: las 3 de la mañana. ¡Cómo tarda! Pero no. Siente el ruido de la puerta que se abre, oye pasos por la escalera: por fin se abre la puerta del comedor y entra Horacio.

Está lívido: los ojos brillantes y fijos, el pelo desaliñado, la corbata á un lado, el chaleco desabotonado.

—¿De dónde vienes así, qué te ha sucedido? pregunta Nita asustada.

Horacio la mira agresivamente.

—«Vengo de donde me dá la gana ¿sabes? No tengo cuentas que darte.» Y después de un silencio:—«Me ha sucedido lo que sucede á los desgraciados como yo, los que no proteje la fortuna, los que son bastante estúpidos para dejarse arrastrar»... Se dejó caer pesadamente en una silla y estendiendo sus brazos cuan largos eran sobre la mesa, echó sobre ellos la cabeza y estalló en sollozos vehementes, histéricos, que lo sacudían todo, que salían de su pecho en medio de quejidos, acompañados de una especie de ronquido que llenó de terror á Nita. No se animó á acercarse, conociendo bien que sus cariños provocaban aquellos remordimientos apasionados, que tanto la hacían sufrir. Pero cuando notó que ya no lloraba, que su respiración trabajosa salía por su boca abierta con ese ronquido que la asustaba, corrió á su lado y le puso la mano sobre la cabeza: Horacio no se movió. Lo llamó, nada. Horacio dormía. Entonces Nita, suavemente, apoyó su rostro sobre el de su marido. . . . y retrocedió espantada.

De la boca abierta del infeliz, entre los ronquidos

estridentes, se exhalaba un insoportable olor á alcohol.

IV

Horacio se había entregado al demonio del juego. Jugaba noches enteras, con pasión; y nervioso y febril, apelaba al alcohol para calmarse. Cuando ganaba festejaba su triunfo con copa tras copa de champagne, hasta que, perdida la cabeza, excitado el cerebro, vociferaba hasta enronquecerse, llegando al completo estado de embriaguez. Cuando perdía bebía aún más para ahogar sus remordimientos y el pesar que le causaba el recuerdo fugaz de Nita.

Sin miramientos ya, ni siquiera le quedaba la vergüenza. En sus raros momentos de lucidez, veía con toda su fealdad la bajeza de su conducta, y su desesperación era como siempre violenta y arrebatada, pero su carácter, minado por el alcohol, iba perdiendo la poca firmeza y energía que había poseído, y no podía reaccionar, no tenía fuerzas. Arrastrado por la violencia de su vicio no conseguía dominarse.

Nita en esta crisis terrible no se desanimó. Apeló á toda la energía de su naturaleza fuerte y sana, luchó sin descanso, con desesperación, por salvar los girones de su dicha; trató por todos los medios de conjurar el peligro que amenazaba su hogar. Al principio tuvo esperanzas. Horacio se avergonzaba aún, y prometía, quería enmendarse. Se quedaba al lado de Nita una, dos noches; Nita se deshacía en buscarle alguna distracción, algo que despertara su interés; lo animaba á volver á escribir, á ocuparse, pero Horacio no podía. Su cerebro acostumbrado á la excitación violenta del alcohol no podía producir nada sin ella, y caía en un marasmo, un atontamiento que lo hacía inútil para ningún trabajo. Fuera de las violentas sensaciones del juego y de la excitación de la embriaguez, nada le importaba, nada le conmovía.

Su amor por Nita, tan violento, tan apasionado, se había disuelto ante el ardor más poderoso del vicio. Su misma violencia lo condenaba á ser de poca duración: no se puede vivir con fiebre; á la larga, ó uno se muere, ó la fiebre se vá.

La embriaguez iba consumiendo todo lo que constituye la dignidad del hombre. La inteligencia en un tiempo tan brillante, se apagaba poco á poco. El sentido moral se pervertía, imposibilitado de distinguir el bien del mal: la energía desfallecía; el sentimiento del deber se embotaba; el cariño, las afecciones, se extinguían dejando en su lugar el embrutecimiento que progresivamente lo iba dominando todo, rebajando ese ser racional al nivel de los animales.

Nita era fuerte y perseverante. Luchó con todas sus fuerzas, pero en vano. Al demonio del juego tal vez hubiera podido vencer, pero á la embriaguez, la terrible demoleadora, no. Porque la embriaguez le quebró el arma más poderosa que tenía, el amor de su marido. Con esa arma la mujer todo lo vence, pero sin ella ¿qué es? Un ser débil, que no puede más que rogar, suplicar y llorar inutilmente.

Nita asistió á la demolición de ese ser viviente que había sido su ídolo, su única pasión, á quien se había entregado toda, alma y vida, como se dan las mujeres buenas cuando aman.

Ese hombre á quien había levantado un altar en su alma, á quien había adornado con todas las virtudes, con todos los encantos; que personificaba á sus ojos toda la nobleza, la altura, la inteligencia que cabe en el ser humano, lo veía poco á poco desvestirse de ese ropaje radioso con que su amor lo había engalanado, despojarse de la luminosa aureola con que coronara su frente; descender de su pedestal, y mostrarse á sus ojos horrorizados tal cual era: roído por el vicio, ser miserable, todo fango, sin una partícula de metal, su ídolo no tenía solo los pies, sino que todo él era de barro.

Decir lo que sufrió Nita es imposible. Muchas noches cuando después de formidables accesos de irritación y de excitación nerviosa que rayaban en paroxismos epiléptiformes, Horacio caía preso de un sopor que más que sueño era letargo profundo, Nita pasaba horas contemplándolo.

Miraba ese rostro amarotado, los ojos inyectados los párpados hinchados, los labios deformes, entreabiertos, dejando pasar la respiración estertórea con ronquidos formidables, ese conjunto que presenta el rostro del hombre ebrio, que inspira repugnancia y lástima á la vez, y se preguntaba qué quedaba del hombre que había amado tanto.

Porque ese ser abyecto y degradado no podía ser Horacio, su novio ideal, lleno de delicadezas, de poesía, de sensibilidad: ¡imposible!

¿O es que ella había soñado? No, no. No podía ser que todas esas cualidades hubieran existido únicamente en su imaginación. Y que todo su amor, su casta confianza, sus esperanzas, sus ilusiones, los hubiera entregado á ese hombre despreciable..... No podía, no quería creerlo.

(Continuará).

JEROGLÍFICO



La gracia ajena

Dios aprieta pero no ahoga

POR FRADERA



Indudablemente hay que hacer algo para responder á los gritos desoladores del estómago.



Indudablemente, si..



Y como se puede tener mucha gazuza y ser pulcro... ¿Por qué no se ha de lavar el hombre los pies? Por mí no tengo el menor inconveniente.



Y se encuentra el hombre con que le pican los pies, no uno sino dos peces, por no haber tenido presente los consejos de Marina.



Aprovechando tan sabrosa pesca, comprende que Dios aprieta, pero no ahoga...



Y velay.